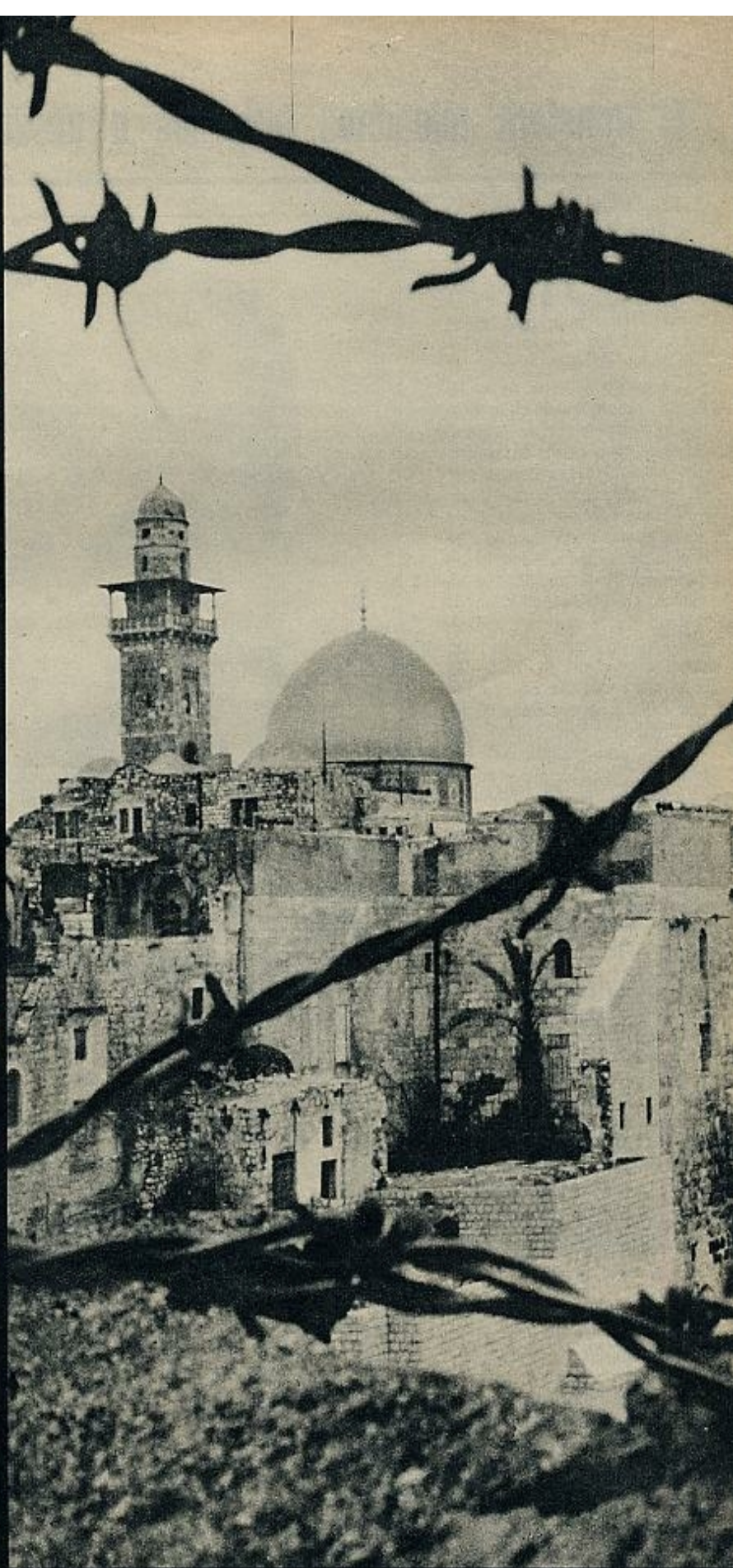


# ISRAEL

## Y EL SUEÑO ARABE

Jean Daniel, periodista bien conocido como promotor, editorialista y reportero —director actual de «Le Nouvel Observateur»—, pertenece a esa zona intelectual francesa que se ha sentido desgarrada por el conflicto árabe-israelí, entre su razón y su pasión, entre el silogismo y la vieja mala-conciencia, es decir, en una situación de insuperable ambigüedad. El trabajo que hoy reproducimos es revelador de esta ambigüedad, de un propósito que aspira a dar un poco de razón a todos, a justificar las acciones de unos y de otros, evitando en lo posible un análisis global del conflicto, sociológico, económico y político. TRIUNFO lo reproduce hoy más como testimonio de esta situación de ambigüedad, más como visión sincera de un periodista que vive el problema observado en plena contradicción, que como una toma de posición válida con respecto al conflicto palestino. Nuestra revista ha sido, a lo largo de toda su última etapa, muy clara al respecto: ha asumido una actitud nada equívoca, muy radical y, sin embargo, muy matizada. Ha defendido en todo momento las tesis del pueblo árabe frente a la agresión israelí, ha denunciado al Estado de Tel Aviv como cabeza de puente imperialista.



**POR  
JEAN  
DANIEL**

«**E**N suma, para usted, la ocupación israelita recuerda la ocupación nazi, ¿no es eso?...». Antes de contestarme, el alcalde de Naplouse, pequeña ciudad de Cisjordania, encajada entre colinas sembradas de iglesias y mezquitas, espera a que el intérprete le traduzca al árabe mi pregunta, luego me mira largamente. Hamdi Kan'an debe tener cuarenta y cinco años. Como numerosos árabes cristianos de la región de Jerusalén, tiene la mirada bondadosa, reflexiva, color avellana. Habla el inglés con facilidad, pero prefiere expre-



sarse en árabe. ¿Para afirmar su «arabismo» a un extranjero? ¿Para ganar tiempo? ¿Para que los otros árabes presentes en la sala de la alcaldía y que quizá no hablan inglés puedan seguir la conversación? No sé. Pero cada vez que formulo una pregunta, adivino por su expresión que la comprende. El intérprete me traduce por fin la respuesta:

—Es una pregunta absurda. Es evidente que los israelitas no se comportan todavía como los nazis, pero...

Le interrumpo para decirle que es una acusación que he oído

formular a las emisoras árabes y, desde hace algún tiempo, a unos cuantos intelectuales franceses. Continúa:

—Eso no sirve a nuestra causa, como todas las acusaciones exageradas. La verdad se basta a sí misma. Los israelitas no se ocupan de nuestros asuntos; nos permiten casi siempre circular por donde queramos, y los servicios del general Dayan y del general Gazid no se cansan de repetir que practican la política de «la puerta abierta» y de la «mano tendida». Es verdad. Pero ocurre que la ocupación constituye ya una humillación que los ára-

bes tenemos que soportar día tras día, pero que no aceptamos. Nunca la aceptaremos, y los israelitas no se hacen ninguna ilusión respecto a ello. Por lo demás, no basta con no ser nazi para comportarse bien. Cuando no se produce ningún incidente, no tenemos ningún problema con los israelitas. Pero cuando surge alguna fricción —¿y cómo no iban a surgir en territorio ocupado?—, entonces se vuelven intratables. La prisión de Naplouse está llena de sospechosos que llevan semanas esperando un proceso regular. Las detenciones van casi siempre acompañadas de brutalidades. Ha habido algunos casos de torturas incluso...

Insisto:

—¿Dice torturas? Es decir, no solamente brutalidades, sino también interrogatorios realizados con métodos practicados en otros países; Argelia, especialmente.

## las promesas de dayan

Esta vez, el alcalde de Naplouse no espera la traducción:

—Eso es exactamente lo que quiero decir. No es que sea algo generalizado, pero se ha producido. Me he quejado al propio general Dayan. Este me contestó que si eso fuera verdad, estaba avergonzado de su país, que iba a ordenar una investigación y que, si había culpables entre los soldados o incluso entre los oficiales israelitas de más alta graduación, sufrirían un castigo ejemplar. Su emoción parecía sincera y le creímos al pie de la letra, tanto más cuanto que hace seis meses unos cuantos soldados israelitas fueron castigados, aunque ligeramente (algunos meses de cárcel), pero, en fin, la sanción se había aplicado. Sin embargo, la promesa del general Dayan no ha tenido consecuencia alguna. Por el contrario: poco después de que la hiciera, un acontecimiento escandalizó a Naplouse. Los israelitas encontraron armas en dos casas. En lugar de contentarse, como tenían por costumbre, con dinamitar las dos casas en cuestión, volaron catorce, ¡sí, catorce!... Ya no nos creemos lo que dice. Comunicué estas acusaciones a un oficial israelita bien situado. Su indignación fue grande. Me juró que la tortura, en el estricto sentido de la palabra, era inconcebible en Israel; que, claro está, después de un atentado no podía exigirse demasiada humanidad por parte de los soldados; que, como en todas partes, había irresponsables; se refirió a las torturas infligidas, según él, en Egipto y el Irak a los judíos allí residentes. Precizando que los israelitas tenían instrucciones formales de no imitar tales procedimientos. En cuanto a las casas de Naplouse, me aseguró que se habían encontrado armas en todas las que fueron voladas. ¿A quién creer? No he tenido ninguna posibilidad de verificación. Pero he visto las casas dinamitadas, y no constituyen, hay que decirlo, ningún bello espectáculo.

En la sala de esta alcaldía, el fotógrafo Marc Riboud y yo notábamos una cosa: el alcalde de Naplouse no tomaba ningún tipo de precauciones. Nadie me había recomendado, habíamos llegado de improviso y nos había recibido inmediatamente. Cada vez que alguien (algún árabe) entreabría la puerta, le pedía que se quedase para asistir a la entrevista. Al principio, pregunté discretamente al intérprete si el alcalde no preferiría que saliese de la sala mi chófer israelita. La respuesta fue: «No, al contrario». En Jerusalén me había enterado de que se había autorizado a Hamdi Kan'an para que se pusiese directamente en contacto con el gobierno del rey Hussein. Me habían dejado entender que aquél había efectuado en Jordania una misión de sondeo en la época reciente en que el general Dayan in-

vitaba a los palestinos a autodefinirse y a establecer el estatuto de su elección dentro de un protectorado israelita «provisional». Sabía también que había estudiado atentamente las realizaciones técnicas y agrícolas de Israel: había hecho aquel famoso viaje destinado a mostrar a los árabes el genio realizador de Israel y su determinación de quedarse en su patria. Le pregunté entonces lo que pensaba de la transformación de Palestina, su país, por los israelíes. Respondió:

—Ninguna realización material satisface al alma de un pueblo, nada justifica que se eche a alguien fuera de su casa y que se prive a una nación de su territorio.

Hice por fin la pregunta que obsesiona a todo el mundo en Israel y a la que ni los sionistas ni los arabófilos del extranjero pueden dar respuesta:

—¿Aceptáis los palestinos, vosotros que sois los más afectados por esta tragedia que dura desde hace más de veinte años, que exista un Estado de Israel?

El alcalde de Naplouse reflexionó gravemente. Por fin se decidió y, mirando a los otros árabes desafiadoramente, afirmó:



**Dayan: «Me han encargado que no pierda una sola guerra, porque Israel no puede permitirse este lujo...».**

—Puede escribir que yo, Hamdi Kan'an, a título personal, sin comprometer a nadie más, considero que si el Estado de Israel pudiera de repente suministrar la prueba de que no es ni agresivo ni expansionista, si evacuara, aunque fuera poco a poco, los territorios ocupados en mil novecientos sesenta y siete, entonces muchas cosas serían posibles. Muchas cosas, incluido el reconocimiento del Estado. Si, incluido el reconocimiento. Pero estamos muy lejos de tener esta prueba, nunca hemos estado tan lejos de ello. Todos los días tenemos nuevos testimonios de la intención de los israelíes de instalarse definitivamente en los territorios ocupados.

Como nos encontrábamos en el centro de un gran debate, del único debate importante, quise insistir. El alcalde ya tenía la impresión de haber hablado demasiado. Esquivó mis presiones, subrayando, por el contrario, su comprensión solidaria de los combatientes de las organizaciones de resistencia palestinas. Existen cuatro organizaciones, pero en los territorios ocupados, cuando se habla de resistencia, se piensa en «Al Fatah», y cuando se alaba a un jefe árabe no se cita a Nasser, si no a Ben Arafat, el líder de «Al Fatah». Debo reconocer, por otra parte, que el alcalde de Naplouse es la única personalidad árabe de importancia —me he entrevistado con unas veinte— que haya tenido el valor de afirmar que se resignaría a la existencia de un Estado israelí.

## «¿dónde se esconden?»

Hemos recorrido centenares de kilómetros en territorio árabe sin encontrar a un solo soldado israelí. Curiosa ocupación: en ninguna parte se ven esos famosos grupos móviles de intervención que aparecen al momento mismo de producirse cualquier incidente con el arsenal completo de la represión. ¿Dónde se esconden? Los árabes se lo preguntan. Están a la vez fasciados y exasperados por esta discreción que les da la impresión de ser misteriosamente vigilados. Cuando no pasa nada llegan a hacerse la ilusión de que la vida continúa como antes y de que son libres y están solos. Y, naturalmente, como en todos los países donde se organiza una resistencia, la mayoría de la población, incluso si moralmente es cómplice de los resistentes, prefiere que no pase nada.

Durante mucho tiempo —y con excepción de los territorios de Gaza, donde he visto refugiados ávidos y vengativos chiquillos cuyo rostro no se volvía sonriente más que cuando se enteraban de que éramos franceses— no ha pasado nada. Un joven maestro árabe me ha explicado serenamente las razones de lo que él llamaba «el sopor palestino». En primer lugar, me ha confesado, los palestinos han quedado asombrados al no ser masacrados por los israelíes, como esperaban que ocurriría. Han sido intimidados con frecuencia, a veces incluso abocados a partir de métodos brutales, pero los que se han quedado se han visto divididos entre el traumatismo de la derrota árabe y la feliz sorpresa de una supervivencia posible. Luego ha venido el período en que las ventajosas comerciales —que numerosos mercaderes palestinos han sacado de la ocupación de ciertos centros como Jerusalén y Belén— les han hecho olvidar lo que su situación tenía de humillante.

Este maestro me recordó también que los palestinos no habían guardado excelente recuerdo de la dominación jordana, que les trataban como ciudadanos de segunda clase. En cada choza de las ciudades de lata de refugiados había un retrato de Nasser y otro de Hussein: estos retratos fueron a veces destrozados por los mismos que huían ante las execradas tropas israelíes.

Da prueba de este estado de ánimo el excelente librito del doctor Lorand Gaspar, médico jefe del hospital francés de Jerusalén desde hace doce años, hombre admirable que comparte las desgracias del pueblo palestino sin abandonar nunca una realista y generosa objetividad respecto del pueblo de Israel. Lorand Gaspar informa de que en vísperas de la guerra de los Seis Días, cuando para todo el mundo era evidente que los israelíes responderían a la decisión de Nasser de bloquear el estrecho de Tiran y el golfo de Akaba, los jordanos habían hablado de armar a los refugiados palestinos. Un ministro del rey Hussein se negó, afirmando: «Si les damos armas empezarán por disparar sobre nosotros antes de hacerlo sobre Israel». Por fin, el maestro, creyendo equivocadamente que yo quería pedirle cuentas por ello, me pidió que explicara la «colaboración» entre los palestinos y las autoridades israelíes. Si en el mundo actual existen «personas desplazadas», son los palestinos. Dejemos de lado el debate habitual sobre las causas del desplazamiento. En el plazo de veinte años estos hombres han conocido tres guerras, tres sangrías, tres éxodos. Nadie les ha pedido nunca su opinión sobre la oportunidad de tal o cual decisión que podía llevar a una guerra.

En Jericó, donde se da cita toda la dulzura del mundo, he visto pueblos abandonados por quienes tenían el avance israelí. Eran pueblos «de obra». Los refugiados que los habían construido acababan apenas de instalarse en ellos. Antes vivían en tiendas. Ahora estos nuevos judíos errantes del Oriente Medio han encontrado nuevas tiendas al otro lado del Jordán. El general

*En los zocos del Jerusalén anexionado, los mercaderes árabes siguen vendiendo tarjetas postales de los israelitas victoriosos, pero nadie acepta la ocupación como algo definitivo...*

Dayan ha declarado a los que se han quedado: «No os pedimos que nos améis; os pedimos, simplemente, que no ayudéis a los terroristas. Fuera de esto podéis hacer y decir lo que queráis. Incluso podéis entenderos con nosotros». Al enterarse de que en Jericó un palestino había creado, siguiendo el modelo israelí, un «kibbutz» de jóvenes árabes que había ido muy bien, el ex primer ministro Ben Gurion, el viejo «tigre» de Israel, pidió que se buscara a aquel palestino. Estaba en Londres y se llamaba Alami. Ben Gurion le telefonó y le animó a que viniera a proseguir sus experiencias. Alami se negó. Pero otros, creyéndose abandonados de todos y sin ninguna confianza en las promesas árabes, aceptaron en un momento dado empresas comunes con los israelíes. Todo esto cesó hace un mes. La semana pasada, la señora Dayan, esposa del general, se desplazaba a Hebrón para proponer, como ya lo había hecho con éxito el año anterior, participar con la esposa del alcalde de Hebrón en un cierto número de obras sociales a favor de los refugiados. La esposa del alcalde respondió: «No, señora; este año, no». Lo que quería decir al propio tiempo: No desde que se llevó a cabo la ocupación israelí y no después de las instrucciones —o amenazas— recibidas de «Al Fatah».

Porque algo ha pasado desde hace un mes. Sin duda, en los zocos del Jerusalén anexionado, los mercaderes árabes siguen vendiendo tarjetas postales en color en las que puede verse a los generales vencedores y el desfile de los paracaidistas de la victoria. Sin duda hay más estudiantes árabes en las universidades hebraicas, y puede verse, a veces, en el mismo grupo y vestidas con minifaldas que escandalizarían incluso en Londres, a jóvenes árabes musulmanas y cristianas al lado de jóvenes israelíes. También es cierto que en Tel Aviv pueden verse árabes de Cisjordania y que las tres cuartas partes de los policías palestinos de la ciudad vieja de Jerusalén han aceptado empleos de la policía israelí. Tienen el revólver a la cadera, patrullan y no parecen dispuestos a resistir: puesto que los israelíes admiten que les es imposible hacerse amar y lo dicen continuamente, los palestinos se aprovechan de una libertad crítica en una semi-integración.

### **un hormiguero sin alegría**

Incluso hay dos periódicos árabes, evidentemente vigilados, pero que con frecuencia se permiten el lujo de acusar aparatosamente a las fuerzas de ocupación. Podrían citarse infinidad de ejemplos de esta extraña ocupación. Pero desde hace un mes los ocupantes han perdido parte de su serenidad, y una parte de la opinión israelí ha perdido —y esto habla en su favor— la buena conciencia.

Los ministros israelíes con los que me he entrevistado me han preguntado desafiadoramente: «Entonces, ¿le parece que nuestro país vive bajo el terrorismo? ¿No ha visto más que árabes crispados, agresivos, dispuestos a matarnos?». Israel, en efecto, da más bien la impresión de un hormiguero sin alegría, pero activo, disciplinado, donde cada cual sabe lo que tiene que hacer y lo hace con una total eficacia. En cuanto hay un trozo de tierra libre se construye o se cultiva con una especie de encarnizada precipitación, como si el tiempo estuviera contado. Los hoteles están llenos, lo mismo que los cines, los teatros, los conciertos, las conferencias en las que se habla de estructuralismo y de «nouveau roman».

La inmensa mecánica israelí ha multiplicado por diez su eficacia desde la guerra de los Seis Días. En cuanto al terrorismo, al menos hasta ahora, existía la pretensión de integrarlo en las costumbres. Incluso se ha encontrado un general israelí que sostiene, en un libro, la tesis de que Israel debería arreglarse para vivir largo tiempo con el





un  
"supercoche"  
empieza por  
los "extras ocultos"

Usted tiene un coche de serie, pero extraordinariamente bueno, veloz, potente y seguro; usted ha sabido sacar todo el partido a su coche, convirtiéndolo en un «supercoche».

Pero no todo consiste en potencia y velocidad fuera de lo normal; también son necesarias otras cualidades.

¡TAMBIEN HAY LOS EXTRAS OCULTOS!

Son productos que proporcionan a un «supercoche» (y precisamente por serlo le son más necesarios) mayor potencia de frenado; mejor rendimiento del motor al asegurarle una perfecta refrigeración; funcionamiento perfecto en todo tiempo y clima..... Todo puede revalorizarse con los Extras Ocultos. Y decimos «ocultos» porque no se ven, pero en cambio sí se notan.

Ayude a su «supercoche» a efectuar «las mil y una travesuras» en cualquier circunstancia y en cualquier tiempo con los Extras Ocultos. Con los Extras Ocultos Krafft. Hay..... ¡más de 70 Extras Ocultos Krafft! Pregúntele a su mecánico de confianza.

**Krafft**<sup>®</sup> los "extras ocultos" para "supercoches"

# ISRAEL

terrorismo, como se vive en las civilizaciones modernas con los accidentes de automóvil. Se trata de un libro muy serio sobre la estrategia del porvenir, y su autor fue el jefe de los servicios israelíes de información entre 1955 y 1959.

En Jerusalén, los padres de alumnos se organizaron y siguieron cursos, a cargo de artificiosos, sobre la detección de las minas que pudieran poner los «feddayin» en las escuelas. Luego enseñan a sus hijos a reconocer las estilográficas explosivas, los libros con trampa, y en las paredes de las clases están representadas todas las clases de artificios mortíferos que pudieran inventar los árabes. Es decir, que un niño israelita va a la escuela con el recuerdo de la guerra de junio de 1967 y la idea de que pudiera ocurrirle, en cualquier momento, un accidente mortal.

Un chófer de taxi me dijo que, de todas formas, prefería morir en un país judío. Una muchacha, orgullosa de su padre, un simple albañil, que era capitán de paracaidistas «cuando el país le necesitaba», nos dio sonriente la lista de amigos que había perdido en actos de guerra y de terrorismo. Pero —la referencia es decididamente obsesiva— añadió que mucha más gente moría en Israel a consecuencia de accidentes de automóvil. La espantosa proporción de estos accidentes es quizá el único auténticamente mediterráneo de este país ribereño del Maré Nostrum. En una palabra, el terrorismo no constituye todavía un grave problema.

Pero lo que no me han dicho los ministros es hasta qué punto desaparece la buena conciencia. Evidentemente, vuelve de vez en cuando. Se advina que la unidad nacional se reconstituyó rápidamente en Israel tras la repugnante mascarada irakí en torno a los «espías» juzgados a puerta cerrada y ahorcados en la plaza pública de Bagdad.

Cuando Israel tiene mala conciencia, reacciona como Estado judío: olvida los intereses y deberes de la nación para únicamente dedicarse a salvar el honor del judaísmo y a vengar la sangre judía, que no debe ser «vertida impunemente».

Este fue el sentido de la alocución del fallecido primer ministro Levi Eshkol. Nacido de las persecuciones rusas, primero, y luego nazis, Israel se nutre necesariamente del antisemitismo árabe cada vez que éste se manifiesta. Tras la decisión francesa sobre el embargo, hubo también unidad en el repliegue, en el sentimiento reencontrado de la persecución milenaria. Pero esta explicación sistemática por el antisemitismo no convence ya a todos los israelitas.

Cada vez son más los que se privan voluntariamente de este doloroso alibi. No estoy dispuesto a olvidar aquella apasionante reunión de intelectuales, celebrada en pleno Tel Aviv, contra la ocupación de los territorios árabes por Israel. Incluso jóvenes, nacidos en Israel, que habían hecho la guerra de los Seis Días, se expresaban con mayor mérito y una mayor dosis de verdad que los nuevos arabizantes gaullistas de Saint-Germain-des-Prés.

## la magia de jerusalén

¿Cómo me hubiese gustado que mis amigos árabes hubiesen podido asistir a esta reunión para apreciar cosas que todavía son posibles! Había un viejo judío, de origen ruso, con una extraordinaria cara de conspirador de 1910. Un rostro lleno de arrugas en el que se reflejaban siglos de cultura, de refinamiento y de astucia. Fue él quien dijo: «Rechazo la ocupación, aun cuando el precio de este rechazo sea la inseguridad, y de este precio estoy totalmente seguro».

Creía que esos intelectuales no eran representativos. En Jerusalén, donde según me habían dicho se estaba desencadenando el sectarismo sionista y religioso, vi, por el contrario, todos los síntomas anunciadores de un giro fecundo.

Jerusalén es hechizo. Quizá no haya ninguna

ciudad en el mundo en la que opere tan rápidamente la magia secreta. Flota en el aire de la ciudad reunificada un temblor contagioso. La conjunción de dimensiones estéticas, folklóricas, arquitectónicas y místicas es absolutamente maravillosa. ¿Cómo se ha podido nunca pensar en dividir la ejemplar unidad de una ciudad que ha resistido las vulgaridades de los popes, de los rabinos y de los imanes, que reúne todos los encantos de Florencia y Fez, y que, a cada esquina, nos proyecta en un pasado colmado de riquezas y de vitalidad?

Ciertamente, miles de israelitas no creyentas han sido alcanzados por la gracia al reencontrar el Muro de las Lamentaciones, pero, sin que hayan sido conscientes de ello, han recibido en pleno rostro el soplo poderoso de las otras civilizaciones. Por singular que parezca, la Jerusalén del Templo es menos judía que la laica Tel Aviv: es más universal, más ecuménica. Con ocasión de la vuelta a Jerusalén, los israelitas se han abierto al mundo, a pesar suyo, y han experimentado la fatalidad de la convivencia con los árabes. Lo más hermoso, lo más potente de Jerusalén es árabe: los israelitas son tan sensibles a esta verdad como los demás.

## un estado invisible

En Jerusalén, Israel se desrusifica y se desamericaniza para hacerse mediterráneo. A pesar de los pioneros polacos, rusos y alemanes que fundaron el Estado, Ben Gurion lo había previsto sin duda alguna, pero esperaba que millones de judíos rusos y alemanes, que millones de judíos americanos vendrían a instalarse en Tierra Santa.

Hoy se estudia el árabe con fervor; se realizan tantas emisiones de radio y TV en árabe como en hebreo. ¿Por necesidades de propaganda? Ciertamente. Pero, poco a poco, se van impregnando de una civilización, se van reencontrando otras raíces.

Se sigue contemplando con despreceptiva impaciencia la ineficaz voluptuosidad y el verbalismo soñador del Oriente árabe, pero ya no se los ignora. Israel está en período de transformación.

Los estudiantes que me invitaron, no solamente me dejaron decir todo lo que pensaba, aunque a veces les fastidara, sino que denunciaron con un vigor que quisiera poder reproducir aquí el racismo antiárabe, el expansionismo y la obligación desesperada de apoyarse en el aliado americano.

Uno de ellos, uniformado, elogió a Nasser, de quien decía que no había entendido nada del fenómeno israelita, pero que, desde el punto de vista revolucionario, es el primer patriota árabe. Otro hizo alusión a la eventualidad de una huelga de estudiantes cada vez que se perpetrara una atrocidad contra los árabes. Por lo menos la mitad de los presentes estaba de acuerdo. El debate se hacía apasionado. Sin embargo, donde se realizó la unidad total, radical, fue cuando se habló de poner en tela de juicio al Estado de Israel como tal. «Se me podrá pedir cualquier cosa —exclamó un estudiante que se decía «marxista-leninista» y que había vivido en la Sorbona los sucesos de mayo—, cualquier cosa menos que reniegue, que discuta mi calidad de ciudadano de una nación».

Desde el barman de un hotel hasta el primer ministro hay unanimidad total en la refutación de lo que se denomina «el sueño árabe». El sueño es que Israel no exista y que hay que hacer como si no existiese. Contra esto y bajo la aparente soberbia israelita, no se esconde una fría rabia. En los mapas árabes no se menciona a Israel. En los pueblos de los refugiados, los israelitas han encontrado manuales con la historia de la futura destrucción del pueblo israelita. No se puede atravesar una frontera, porque ello

significaría que existe una frontera con un Estado cuya existencia se niega.

Cuando Mahmud Ryad, ministro egipcio de Asuntos Exteriores, recibe, a través de Gunnar Jarring, enviado especial de las Naciones Unidas, un memorándum israelita, ruega al señor Jarring que lo deposite sobre una mesa, y lo lee por encima del hombro del diplomático sueco, sin que parezca que presta atención a lo que lee: no quiere que digan que ha recibido un memorándum de los israelitas, que puede haber sido su destinatario y, por consiguiente, que podría haber diálogo.

Durante veinte años, los árabes se han negado a ver a Israel. Era una especie de maldición diáfana y translúcida con la que se pensaba que terminarían la suerte de las armas y la voluntad divina. Cuantas más guerras se perdían, menos crédito se daba a la existencia de Israel. No era un Estado, sino una injusticia. En el mejor de los casos, un castigo de la Providencia que podía unir al mundo árabe en la hostilidad frente a Israel. Los argumentos de los revolucionarios árabes no han engañado nunca a nadie. A nadie se le ha ocurrido nunca desear la desaparición de la Arabia Saudita o de Jordania porque estos dos países son baluartes del imperialismo americano. Uno de ellos ha proclamado incluso: «Aunque Israel se convirtiese en un país comunista apoyado por China, le seríamos hostiles». Era lógico consigo mismo. Pero así es como, no reconocido, ignorado y, en principio, invisible, un pequeño Estado ha llegado a constituir un pequeño imperio. Israel tiene sus colonias, que son, en parte, fruto de un rechazo. Entonces, los jóvenes israelitas de izquierda preguntan desesperadamente qué pueden hacer para luchar contra la poderosa derecha expansionista. Constarles que dejar de ser israelitas es la mejor manera de hacer que pasen a integrar esa derecha que tanto abominan.

El sueño árabe, sin duda, se transforma. En efecto, he aquí que el pueblo palestino, dividido, diezmado, transformado en una multitud de refugiados, pretende hacerse cargo de su propio destino. Parte de este pueblo se encuentra cara a cara con el socio israelita, dentro de las nuevas fronteras de Israel, obligado a verla, a tratar con él, a contar con sus representantes en su vida cotidiana; en suma, a reconocerle, aun cuando le combata.

Ben Arafat, dirigente de «Al Fatah», es el primer árabe que ha admitido por fin la existencia de una población (no de una nación) israelita: no es mera casualidad que este primer árabe sea palestino. Sabe, como saben aún mejor los palestinos de los territorios ocupados, que a fuerza de no ver a Israel, a fuerza de confiar en la fuerza de Nasser y el arabismo, los árabes contribuyen al expansionismo sionista.

Ben Arafat exige un Estado laico, multinacional, en el que los judíos no serían ya israelitas, sino palestinos, como los cristianos y como los musulmanes. Es evidente que acontecimientos como los del Irak no están hechos para convencer a los israelitas de la posibilidad de esta fusión, aun cuando se pretenda que ha sido el sionismo el que ha suscitado entre los árabes que lo ignoraban un nuevo antisemitismo.

Pero Ben Arafat no habla, como otros árabes, de excluir del Estado palestino a cualquiera de los israelitas de hoy, y esto; al menos históricamente, es un paso enorme. Es como un lento despertar a la realidad. Este despertar no podía ocurrir más que en una de las partes de este dúo trágico, la víctima.

## ni halcones ni palomas

Se ha dicho de Ben Arafat que es sobrio en palabras, que ignora la inventiva y la imprecación, que trata de calcar su actitud y su estrategia sobre las de los israelitas, que es un hom-

bre más de hechos que de palabras y que es consciente de las etapas y de los objetivos.

Pero tiene que contar con organizaciones rivales, extremistas, soñadoras. Tiene que contar también con la opinión pública árabe, que sueña con la unidad, que proporciona coartadas y pretextos a los que tratan de dividir a cualquier costa.

Un ejemplo de este extremismo: estaba en Jerusalén cuando la emisora de una de estas organizaciones difundió un comentario sobre los acontecimientos de Raffá, en la zona de Gaza, en el curso de los cuales soldados israelitas dispararon sobre mujeres árabes. Fue un acto horrible, imperdonable que angustió a muchos israelitas. Pero la radio israelita difundió la información declarando que una mujer había resultado muerta y varios niños heridos. La radio árabe declaró que diez mujeres habían perecido. Un sacerdote árabe se trasladó al hospital e interrogó a los heridos: fue la radio israelita la que dio la versión exacta. Al conocer la verdad de uno de los suyos (el sacerdote), los árabes con quien estaba no podían seguir confiando en aquella radio de la que tanto habían esperado. Era todavía el sueño árabe.

Ante esta actitud árabe, las autoridades israelitas han reaccionado de dos maneras diferentes, aunque ambas van en el mismo sentido: por el momento, la paz es imposible. (Algunos, como Ben Gurion, suprimen la fórmula «por el momento». Ben Gurion ha declarado: «La última guerra será la que ganen los árabes».) La primera reacción consiste en decir con Aba Ebban, hombre intelectualmente notable, aunque poco popular: «Tenemos que resistir hasta que los árabes hagan una revolución sobre ellos mismos, hasta que se transformen, y, en cierto sentido, se violen. Ya puede entreverse algún progreso. Los árabes pensaban antes que Israel era una maldición que podían eliminar. Ahora parece que piensan que es una maldición con la que tendrán que vivir bastante tiempo. Para edificar una paz verdadera no tendrán que aceptar la convivencia con nosotros. El resto vendrá después, como ha ocurrido con todos los pueblos de la historia que han querido exterminarse mutuamente y que han terminado por cooperar. Pero para que yo pueda hacer prevalecer estas tesis moderadas, pacíficas, para que pueda combatir a aquellos de nosotros que se declaran partidarios del expansionismo, hace falta que los árabes me proporcionen el argumento del reconocimiento, aunque sea poco a poco. Mientras tanto, en Israel no puede haber ni "halcones" ni "palomas"».

Para Aba Ebban, el no-reconocimiento es la inseguridad. La inseguridad condena a la agresión preventiva, y cuando esta agresión se traduce en conquistas, el partido expansionista se fortalecerá extraordinariamente.

El general Moshe Dayan tiene menos problemas y menos matices: «Me han encargado que no pierda una sola guerra, porque Israel no puede permitirse este lujo. No se me ha ofrecido otra solución. Si no conseguimos que los árabes nos quieran, o, por lo menos, que nos admitan, es importante que nos teman. Dentro de los territorios ocupados hace falta que los palestinos nos teman más de lo que temen a "Al Fatah". Fuera de los mismos, es necesario que cada Estado árabe se convenga de que les devolveremos diente por diente y ojo por ojo».

Y completamente al margen de estas tesis de Ebban y Dayan, a los anexionistas, a los partidarios del Gran Israel, a los sionistas que quieren volver a las fronteras bíblicas, les viene muy bien una guerra casi permanente que galvaniza las energías israelitas, moviliza a los judíos del mundo, provoca un antisemitismo que justifica el carácter judío del Estado y se traduce cada diez años en conquistas realizadas en nombre de una autodefensa que justifica el rechazo árabe y que sin él no hubiesen podido soñar nunca. «Nuestro mejor aliado —dicen— es Nasser. Cada vez que se presenta una posibilidad de paz, Nas-

ser —aunque casi siempre por razones de política interior egipcia— reduce a la nada esta posibilidad con un solo discurso. Cada vez que estamos "en peligro de paz", esperamos con confianza el discurso de Nasser. La paz es la muerte del Gran Israel, y quisiéramos persuadir a los israelitas que es también la muerte de cualquier Estado de Israel, y eso por mucho tiempo».

## una guerra útil

La manera en que las dos intransigencias sionista y árabe se imbrican en un objetivo común ha sido cuidadosamente analizado por Amos Eylon, escritor israelí, en un ensayo publicado el verano pasado por «The New York Review of Books», citado por Saul Friedländer en «Réflexions sur l'avenir d'Israël».

«Si los árabes no hubiesen rechazado las proposiciones británicas para la formación de un Consejo legislativo palestino, algunos años más tarde, los judíos habrían permanecido en el mejor de los casos como una minoría en un cuadro árabe general, posiblemente parecido a los Maronitas del Líbano. Si hubiesen aceptado, en 1937, el informe de la comisión Pee, que proponía el reparto de Palestina entre un minúsculo Estado judío, del tipo de Dantzig, y un gran Estado árabe, probablemente hubieran integrado la región autónoma judía en el espacio de una sola generación. Si hubiesen aceptado la proposición de la comisión Woodhead de 1938 para una autonomía judía más limitada aún, o el Libro Blanco de 1939, o el plan de 1946 de no admitir más que 100.000 inmigrantes judíos, o el plan de reparto de las Naciones Unidas de 1947, o las líneas de armisticio de 1949, o incluso el "statu quo" de 1966... Si, si, si... Por otra parte, si en 1949 Israel hubiese sido más sensible al destino de los refugiados palestinos y si hubiese permitido espontáneamente la entrada de refugiados en vez de dar la ocasión a los Estados vecinos de explotar el problema con fines políticos, es posible que parte del odio a Israel que prevalece entre las masas árabes y que tiene atadas las manos de los líderes más moderados se hubiera debilitado lentamente. Por el contrario, el odio y el miedo no han cesado de reforzarse».

En resumen: se advierte que a pesar del cansancio de las poblaciones, mil veces sometidas a prueba, las fuerzas de guerra son más poderosas en la actualidad que las fuerzas de paz. A fin de cuentas, las partes en juego han terminado por considerar la guerra como un saludo. Sin el rechazo árabe, Israel no hubiera accedido a este avance tecnológico y militar: los israelíes poseen la bomba atómica, efectivamente. Naturalmente, se puede pensar que el problema judío no habría desaparecido a pesar de todo y que habría continuado alimentando el ideal sionista. Al finalizar la reunión de estudiantes de Jerusalén, de la que hablo anteriormente, se acercó a mí un joven israelí. «Hace sólo tres meses que estoy en Israel —me dijo—. Soy polaco. Mi padre es judío; mi madre, no. He sido educado según los principios comunistas y, hasta hace tres meses, ignoraba en qué consistía el hecho de ser judío. Mi padre ha sido acusado de sionismo, pero yo no he oído hablar nunca de Israel en mi casa, ni en la universidad donde mi padre era profesor. He descubierto aquí una patria para defender casos como el mío. No me siento cómodo. No tengo nada contra los árabes. ¿Qué debo hacer? Querría seguir siendo comunista. Pero las cosas vienen de tal manera como si esto fuera imposible para los judíos». Está claro en este sentido que una integración total de los judíos en los países árabes iría al encuentro de los objetivos del sionismo.

Por otra parte, sin la presencia israelí, el despertar árabe no se hubiera producido de un modo

tan espectacular. Se hace coincidir la fecha de este despertar con el nasserismo; recordemos que la determinación de Nasser surgió a raíz de la primera derrota infligida por los israelíes a los egipcios, cuando Nasser no era sino un joven oficial del ejército del rey Faruk. Se puede decir que hoy día los árabes tienen necesidad de una pausa. Es cierto; pero es para poder preparar mejor una revancha, sin la cual no conciben la dignidad. E incluso esta pausa que los Estados árabes desean, los palestinos que vuelven a acceder al hecho nacional están en trance de comprometerla. No, decididamente, nadie quiere de verdad la paz en el Oriente Medio.

## vencer unidos

Las intervenciones extranjeras —en particular y en primer lugar la de la Gran Bretaña, después las de Estados Unidos y Unión Soviética— han jugado un papel importante en las explosiones palestinas. Pero en la actualidad, las potencias exteriores tienen miedo por sus protegidas: ya no son las conductoras del juego. Nasser no escucha a los soviéticos, los israelíes no escuchan a los americanos y los palestinos no escuchan a nadie. Se pueden hacer votos piadosos. Desear, sería prudente, la evacuación por parte de los israelíes de una parte, al menos, de los territorios ocupados desde 1967. Desear que los árabes, para apoyarse mejor en una opinión de izquierdas israelíes, que no espera más que esto, se resignen a un Estado de Israel en fronteras precisas. Esto no serviría de nada.

En efecto, el realismo impone desear la intervención de los cuatro grandes. He lamentado el desastroso contexto de la iniciativa francesa, señalado que los Estados Unidos, que salen de la guerra del Vietnam; que los soviéticos, que provocan los suicidios de Checoslovaquia, que Gran Bretaña, que se halla en el origen de la balkanización del Oriente Medio, y que Francia, que se ha privado gratuitamente de toda posición arbitral, no tenían lecciones de moral que dar a nadie. Hay que aceptar que no hay otro recurso en la actualidad más que la ayuda poderosa dada a la misión de Gunnar Jarring por los cuatro grandes, de acuerdo con los árabes, palestinos e israelíes. Si todo el mundo tiene necesidad de una pausa y rechaza la paz, es necesario prolongar la pausa esperando encontrar soluciones provisionales. Estas malas componendas son, sin embargo, vitales para la paz del mundo: tenemos el deber de hacer todo lo posible para que se llegue a ello.

Porque, al regreso de Israel y después de haber oído tanto a árabes como a judíos, querría afirmar que cualquier otra actitud es algo irresponsable. Tengo amigos que justifican sistemáticamente todas las conquistas de Israel, las mismas que los israelíes más lúcidos condenan: no sirven a ninguna causa, agravan el conflicto. Tengo otros amigos que sugieren claramente a los palestinos que vayan a poner bombas en las escuelas y cafés de Tel Aviv: en su lugar, yo no sería capaz de batirme con tales medios. En razón, no de una objetividad fría y distante, sino de dos subjetividades apasionadas y complementarias, estimo que nuestro papel es facilitar incansablemente las explicaciones, los intercambios y los debates. Es la ocasión, posiblemente, como en los tiempos de Argelia, de preparar un plan a largo plazo que un día servirá a los expertos del reglamento. Son Israel y «Al Fatah» juntos los que un día deben vencer y sobrepasarse. En una situación en que el maniqueísmo es imposible, donde el bien y el mal están distribuidos en los dos campos, donde nadie es verdaderamente revolucionario ni verdaderamente imperialista, en esta situación en la que, a fin de cuentas, la lucha se reduce al enfrentamiento de dos grandes nacionalismos históricos, la hora de la lucidez responsable ha llegado. ■ J. D. Reportaje gráfico: MARC RIBOUD • © MAGNUM-ZARDOYA.